

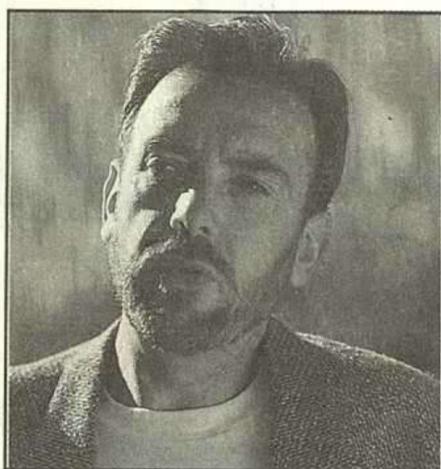
LONDON

Jack London, el último héroe

por Manuel L. Alonso



Jack London.



Manuel L. Alonso.

Cuentos de los Mares del Sur

Leed, por favor, estos nombres: Samoa, Hawai, Tahití, islas Salomón. Podéis añadir vuestro nombre favorito de isla o archipiélago.

O pensad en esta expresión: *los Mares del Sur*.

Como tantas otras personas en distintas latitudes y épocas, yo he soña-

do con esos lugares. Las imágenes que su sola mención convoca en mí (en mi mente de escritor, y por tanto de niño, de niño eterno; de niño, podríamos decir, profesional) me han fascinado desde antes y con más fuerza que casi cualquier otro sueño.

Para hablar de mi propia relectura de uno de mis autores favoritos será

lo más honesto que hable tanto de mí mismo como de él (y por cierto que son dos temas que me encantan), de modo que estoy justificado si incurro en la subjetividad, en la anécdota personal e incluso en la autocita. En mi libro *La isla de las montañas azules*, en vías de publicación, escribí: «Cuando se piensa en una isla, la imaginación de cada cual añade un objetivo: misteriosa, encantada, tropical, paradisiaca, desierta.» Os lo aseguro: me basta oír al azar la palabra *isla*, aun en una conversación ajena, para que mis orejas se yergan (¡yergan, vaya palabra!) como las de un setter al avistar un zorro.

Yo amo las islas. No sólo de un modo teórico: he vivido en una isla durante buena parte de mi vida y, probablemente, cuando este escrito llegue a manos de los lectores estaré pasando una temporada en una isla, la de Man, en el mar de Irlanda.

Alrededor de los once años, cuando empecé a ser un lector desordenado, voraz, febril, es decir un auténtico lector, cayeron en mis manos libros de todas clases, no todos infantiles, no todos buenos. Leí, a esa edad, y en otras muchas edades posteriores, los libros de Guillermo Brown (sé que ahora muchos presumen de lo mismo); leí, naturalmente, a Verne; leí a Oscar Wilde con especial interés porque encontré un libro suyo escondido por mis padres en lo alto de un armario, a saber por qué razón (¿algún imbécil les había dicho que era un autor inmoral?); leí a Chesterton porque, no se me ha olvidado, mi primer libro propio comprado con dinero salido de mi bolsillo fue *El hombre que sabía demasiado*. Leí mil libros delezna- bles, que lo eran por culpa del autor, del traductor, o de algún editor de versiones condensadas y mutiladas. Espero que haya un lugar especial en el infierno para los que hacían esas cosas.

Y leí a London.

Recordad: niño pobre y sin familia, se enrola a los dieciséis años en un

barco que va al Ártico a cazar focas, sobrevive en empleos miserables, vagabundea, va a la cárcel, pasa por la Universidad, se hace buscador de oro en Alaska, y en pocos años se convierte en el escritor más rico y famoso de su país, es decir del mundo. Recordad también su final: con incontables admiradores incondicionales, y una masa no menos ingente de detractores que boicotea su obra, violentamente misántropo, se mata a los cuarenta años a base de excesos con la bebida, la comida y las drogas.

Fue esa clase de escritor que se queda sin comer para comprar sellos para enviar sus originales, y que ante un editor tramposo ajusta cuentas a puñetazos. No ha habido después, al menos en aquel país, otro escritor de la misma raza. Ni siquiera Hemingway, cuya vida desafortunada se enjuicia generalmente con muy poca benevolencia. London fue el último héroe. Es así exactamente como fue considerado en vida. Eran otros tiempos. La simple idea de que hoy a alguien se le ocurriese considerar heroica la vida de un escritor, uno de esos seres de culo gordo cuya máxima aspiración es salir en la televisión o ganar más dinero, nos hace sonreír.

Pero volvamos a las islas, a *mis* islas.

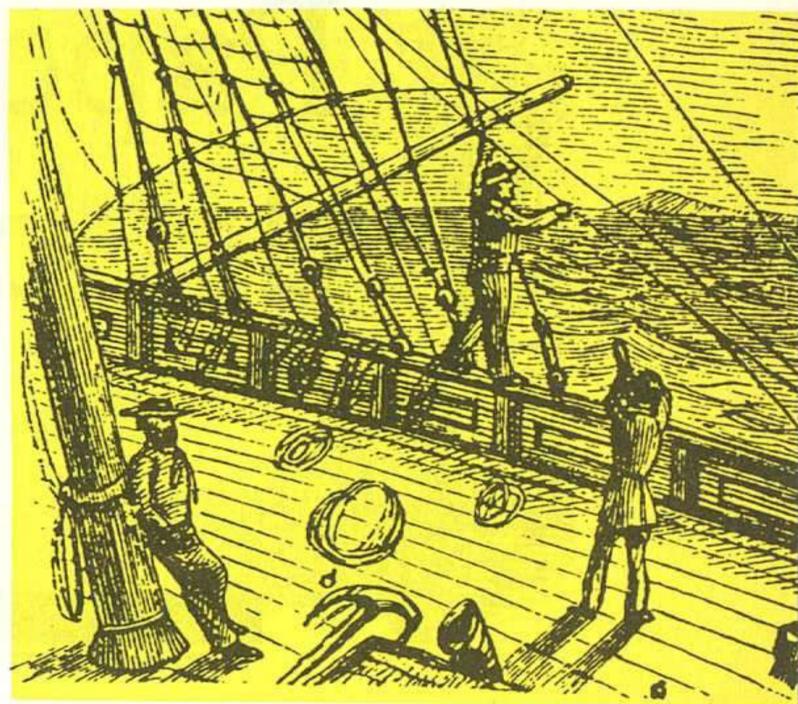
A los diez años sufrí una de esas enfermedades comunes en la época, que me retuvo dos meses en cama. Pensándolo bien, debió ser entonces cuando empecé a descubrir la lectura, pero no recuerdo qué libros, ni apenas qué tebeos, leía; recuerdo muy bien, sin embargo, mi juego favorito: consistía en taparme con las mantas cabeza y todo, y soñar que iba en un barco, que naufragaba, que conseguía llegar a una isla desierta. Poco antes, creo, había visto una versión cinematográfica de *Robinsón Crusoe* (dirigida, según descubrí con asombro muchos años más tarde, por Buñuel), que me parecía un personaje absolutamente envidiable. ¡Poder vivir uno a su aire, sin tener que obedecer órde-

nes ni ir al colegio, sin despertador, sin prisas! Yo quería ser Robinsón. Me imaginaba a mí mismo, día tras día, viviendo los momentos estelares de mi odisea, saltando del barco que se hunde, nadando hacia una lejanísima playa con palmeras, inspeccionando mi isla en busca del lugar más adecuado para construir una cabaña. Recuerdo, os juro que lo recuerdo muy bien, que en mis ensoñaciones llevaba un jersey rojo. Supongo que era el único naufrago con jersey rojo del mundo. La explicación, deduzco, es que por aquel entonces yo deseaba vivamente un jersey de ese color, y la precaria economía familiar no permitía el dispendio, y en mis delirios —con frecuencia, la enfermedad me daba fiebre— entremezclaba mis dos sueños, mis dos deseos: el jersey y la isla.

Después descubrí a London. El London que todos conocéis, el de los perros que son más que hombres, el de las luchas a muerte entre un hombre y la naturaleza; el London de la aventura en los hielos, de las amistades imperecederas, de los sentimientos elementales. Sí: sé cuántos reparos puede oponerle el lector adulto a ese London, pero si os parece no hablaremos de eso ahora —por mi parte, no hablaremos de ello nunca. Y mucho después conocí al London de las islas.

Él fue a Apia, en Samoa, siguiendo los pasos de Stevenson. Recorrió por espacio de dos años aquellos lugares de nombres mágicos, las Galápagos, *las terribles Salomón*, Bora-Bora, Honolulu, u otros parecidos; sitios a los que yo todavía no he viajado ni siento necesidad de hacerlo, y os diré por qué: prefiero sus historias de buscadores de perlas mutilados por los tiburones, y de huracanes que se llevan por los aires cocoteros de cien pies de altura y casas enteras, a la realidad domesticada que pudieran mostrarme hoy en un simple destino turístico.

Releí a London pasados los treinta años y siguió fascinándome, y reparé



en facetas tuyas que para mí eran nuevas, como ese estudio de personaje femenino en la espléndida historia de amor titulada «En la estera de Makaloa» que basta para acallar a quienes le acusan de retratar siempre un mismo escueto mundo macho de aventureros. Lo he vuelto a releer ahora que tengo... bueno, sigo teniendo más de treinta. Aún me emocionan sus historias, pero ahora admiro sobre todo su capacidad para narrar.

Sé que a veces escribía de modo descuidado. Puedo ver sus imperfecciones, y me importan un bledo. Lo que sé es que él tenía el don. Contar historias de modo que cautiven al oyente o al lector, es un don que se tiene o no se tiene; lo demás, el dominio de una lengua, los recursos técnicos, el «cuidar las frases como la tripulación baldea y cuida la cubierta» (Joseph Conrad), son virtudes que se pueden adquirir y perfeccionar. Jack London fue, por encima de todo, un gran narrador.

Gracias a él —y a Stevenson, a quien los dioses bendigan también—, aquel niño de diez u once años (que efectivamente ha llegado a poseer algún que otro jersey rojo) puede, cada vez que lo desea, vivir por unas horas en algún remoto archipiélago de los Mares del Sur. ■